

# La última croqueta

Irene Alonso García

**T**odos querían la última croqueta.

Era una deliciosa bolita aplastada de bechamel y jamón ibérico, con un rebozado del color tostado justo para hacer la boca agua y el sabor voluptuoso de los platos caseros de Casa Paqui.

Solía ser un juego de grupo: cómo ser lo suficientemente astuto como para conseguirla sin que pareciera que se deseaba demasiado, aparentando hacer un favor a los demás comensales. Solía ser una partida de póquer sobre un mantel de papel blanco.

Aquella noche era una batalla de la guerra entre Fran y Pancho.

Kiko meditó sobre la conveniencia de cogerla sin más. Por un lado, le apetecía muchísimo. Las croquetas eran su plato favorito, la ración había sido pequeña y él nunca tenía suficiente con un par. Por otro lado, ya se había comido la mitad del pan, el último calamar a la romana –exquisito, con el punto justo para no estar gomoso ni duro, otra maravilla de la cocinera– y casi todas las patatas bravas. Las croquetas de Casi Paqui eran grandes, sabrosos cilindros de entre 150 y 200 calorías que no le harían absolutamente ningún favor a su dieta. Queca le iba a matar. Después de interrogarle acerca del menú completo y evaluar la cantidad de grasas ingeridas, claro.

Además, estaba toda la cuestión de la pelea. Tal vez debía proponer una solución salomónica, como un tratado de paz de bechamel, y repartir la croqueta entre los dos. Tal vez debería apartarse, reafirmarse como neutral –y se le vino a la cabeza un apetitoso trozo de emmental– y dejar que lo solucionaran ellos. Sin puños esta vez, a ser posible.

Fran quería ir a la carga. No es que hubiera comido mucho, porque el rencor le quitaba el apetito y no podía percibir bien los olores tal y como tenía la nariz. Además, aún tenía ganas de saltar por encima de la mesa haciendo volar platos y cervezas para sacarle el corazón con un cuchillo romo. Pero Pancho era su mejor amigo. A los mejores amigos se les podía insultar, se les podía putear o partir la cara a puñetazos. Incluso se les podía aguantar que le rompieran a uno la nariz como contraofensiva. Pero no se les podía acuchillar lentamente, por muchas ganas que se tuvieran. Y, en un momento de lucidez, se dio cuenta de que podría ser que todo hubiera sido culpa suya, por no dejar las cosas claras desde el principio.

Nunca lo reconocería. Y Pancho era claramente culpable, así que no se merecía llevarse el otro bocado de comida de la mesa. Fran se sentía mezquino y se regodeaba en la satisfacción de la cara de sus amigos cuando vieran lo que estaba a punto de hacer.

---

Cogió la croqueta con los dedos, la lamió de lado a lado y la puso de nuevo en la fuente, sellando su ataque con una sonrisa torcida.

– Todo lo chupado es mío –anunció, sorprendiéndose de nuevo de su extraña voz nasal.

La mueca de desprecio de Pancho se detuvo a la mitad, sin llegar a formarse. Le dolían el pómulo fisurado y la mandíbula hinchada. Apenas había podido cenar. No había hecho otra cosa que picar las croquetas –la suave textura de la bechamel era la única cosa que no le daba miedo masticar, aunque fuera despacito– y beber cerveza para calmar el dolor y los nervios.

Estaba nervioso, por supuesto. Había hablado con Kiko de tener una cena tranquila. Negociar. Arreglarlo. No pedir perdón, por supuesto, pero arreglarlo. Fran era su mejor amigo y Pancho le daba rabia no haberse dado cuenta en su momento de que estaba dolido. De todas formas, tenía que habérselo dicho antes, en lugar de dejar que él creyera que las cosas estaban bien.

Aun así, un ataque era un ataque y él tenía que responder a la provocación.

– Yo no soy escrupuloso –proclamó al tiempo que acercaba el tenedor al plato.

Fran lo detuvo a medio camino, blandiendo su cubierto como un florete.

– Ya lo sabemos –graznó–. No te importa nada comer cosas chupadas antes por mí.

Kiko soltó su jarra de cerveza a medio terminar y empezó a toser.

– Más que chupadas, me las encontré un poco manoseadas. Será que tú eres un aperitivo y yo el plato fuerte.

Fran reprimió el insulto que bailaba en su mente y se detuvo un momento a buscar un contraataque lo bastante insidioso. Quería hacerle un daño que doliera más que el físico. Quería su rendición incondicional. Quería, sobre todo, volver atrás y no haberse enterado por otros.

---

Pancho aprovechó el silencio para hacerse con la última croqueta.

Sus nudillos doloridos le traicionaron y la croqueta decidió por sí sola: la deliciosa bechamel rebozada especialidad de Casa Paqui se desprendió del tenedor y cayó dentro de la cerveza casi terminada de Kiko.

Solo el resoplido de la risa contenida de Kiko quebró el silencio aliviado de la mesa. La croqueta se deshizo, como si se burlara de lo absurdo de la situación.

Fran y Pancho observaron incrédulos la jarra de cerveza. El silencio pesó sobre la mesa como un convidado más. Por fin, ambos levantaron la vista y se miraron por primera vez en toda la noche. Como si reconocieran el dolor propio en el otro, pactaron sin palabras una tregua. Estaban demasiado cansados y doloridos para otra pelea.

Apenas se dieron cuenta de cómo Kiko había asido la jarra y terminado la cerveza de un trago, croqueta, calorías y riña de Queca incluidas.

Salieron de su trance cuando Kiko posó el vaso de golpe, eructó y retó a sus amigos con una mirada de autocomplacencia.

– ¿Qué? A mí me apetecía la croqueta de verdad, no volver a darme de ostias por Chisca.

Y, satisfecho con la paz firmada, pidió la cuenta e invitó a la penúltima ronda de chupitos.

---